

15 Marzo, 1949

## Arte y arquitectura

Desde el tiempo de los griegos se ha considerado a la arquitectura como un arte. Y posiblemente lo sea. Pero si en una actividad se produce el conflicto entre lo bello y lo funcional, entre la teoría y la práctica, es en la arquitectura.

Por cierto que todos quisiéramos vivir en una casa hermosa. Nada más lógico que los edificios que nos ofrezca una ciudad satisfagan nuestras exigencias estéticas. Ese es el ideal a conseguir. Pero cuando la belleza se interpone en la funcionalidad, yo creo que cualquiera está dispuesto a sacrificar algo de su goce estético en beneficio de su comodidad.

Hay toda una corriente arquitectónica moderna que nace de las teorías y las obras de hombres que fueron artistas y arquitectos. Le Courbuisier, Mies van der Rhode y Frank Lloyd Wright son nombres señeros que revolucionaron el concepto arquitectónico. Algunos de ellos, como Van der Rhode, fueron más artistas que hombres prácticos, y sus dibujos influyeron grandemente a los nuevos profesionales. Pero Van der Rhode no tenía idea de cómo construir lo que había dibujado. Eso se lo dejaba a los técnicos, y se llegó a dar el caso que cuando se construyó, en 1950, un rascacielos de vidrio en Chicago, con planos de Van der Rhode, se dejó un departamento libre para uso del arquitecto. Este, sin embargo, se negó a ocuparlo, prefiriendo quedarse en su departamento de ladrillos, situado frente a su obra, donde podía extasiarse mirándola.

El hecho es significativo. Existen muchos edificios de arquitectura moderna que son hermosos para mirar, pero incomediosos para habitar. Y la arquitectura, si es arte, también es una ciencia dedicada a hacer más expedita y comfortable la vida humana.

En materia urbanística suele suceder algo parecido. Hay un caso que es decidor. En Colombia, a pocos kilómetros de Bogotá, se encuentra el

lago Guatavita, poblado de leyendas, y, en sus orillas, se alzaba el pueblo, habitado por modestos agricultores de la zona. Fue necesario crear una represa, y los ingenieros indicaron que el lugar preciso era Guatavita, sólo que, para construir la represa, el pueblo quedaría hundido en ella. Ante esta eventualidad, se decidió construir un nuevo pueblo en lo que iba a ser los nuevos márgenes de la represa. Se empleó un batallón de sociólogos y encuestadores, para conocer la identidad de los habitantes del pueblo que se hundiría, para proveerlos de nuevas casas. Arquitectos e ingenieros estudiaron con precisión las características del nuevo pueblo. Y se construyó, y la antigua Guatavita quedó hundida, ante los designios del avance de la civilización y la técnica.

El nuevo pueblo es hermosísimo. No hay turista que llegue a Bogotá al que no se lleve a ver ese prodigio del urbanismo. Sólo hay un reparo que hacerle. La nueva Guatavita es una escenografía preciosa, un pueblo que opera como un lugar turístico, pero sus habitantes no se sienten cómodos en él.

Y, lentamente, más allá de los límites de la ciudad, sabiamente trazada por los urbanistas, han principiado a construirse con modestos materiales algunas nuevas casas en las que sus habitantes sin embargo, se sienten cómodos y felices, y se trasladan a ellas, despreciando las "lindas" casas que les entregaron a cambio de sus antiguas viviendas.

Sí, la arquitectura, ciertamente que es un arte, pero también es una ciencia, y, cuando en nombre de lo bonito nos sentimos incomediosos, le hacemos el peor servicio al arte.

Por eso, cuando oigo hablar de un arquitecto que es muy artista —de mañoso, quizás—, prefiero comprarle un cuadro a que me haga una casa.